

CONFERENCIA DE THOMAS BENDER

29 de octubre de 2008

Presentación

Manuel Vicuña

UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

El historiador estadounidense Thomas Bender, profesor de la Universidad de Nueva York, ha cultivado con herramientas multidisciplinarias distintos ámbitos de investigación. Se ha aplicado al desarrollo de la historia intelectual; de la historia urbana con acento en las prácticas y los imaginarios de la metrópolis; de la historia de Estados Unidos como una encrucijada de la globalización; y de la historia de la moderna universidad de investigación en su tensa relación con las demandas de una sociedad democrática.

En todas estas incursiones, Bender nunca ha perdido de vista las implicancias éticas de la historia como una disciplina con vocación pública, y este sentido de responsabilidad cívica ha dotado a su obra de una coherencia distintiva. Basta leerlo, incluso someramente, para concluir que, en su caso, no estamos ante ese tipo de historiador que ha olvidado el uso de la lengua vernácula en favor de la jerga esotérica, y cuya única comunidad de referencia se limita al círculo de sus colegas más inmediatos, los especialistas, con prescindencia de los lectores ilustrados que pululan más allá de los campus universitarios. Bender concibe al historiador como un dinamizador de los intercambios de la esfera pública.

En mitad de las recientes “guerras culturales”, caracterizadas por la pugna entre los guardianes del canon sacralizado de la alta cultura y los iconoclastas empeñados en dismantelar esas nociones heredadas de excelencia, apelando a la etnicidad, la raza, la clase y el género, Bender situó el conflicto en una esclarecedora perspectiva histórica, atenta a las dinámicas que han marcado las transformaciones internas y el cambiante perfil público de las humanidades y las ciencias sociales. En respuesta a la beligerancia de las “ideologías académicas” trenzadas en esas disputas, *American Academic Culture in Transformation* (1997), libro de Bender coeditado con Carl E. Schorske, despejó el terreno para un entendimiento más matizado y complejo de los cambios experimen-

tados por la universidad y, en general, por la vida intelectual estadounidenses, con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial.

En varias oportunidades, Bender ha advertido el empobrecimiento de la esfera pública debido al eclipse de la función política del intelecto académico, cuya voz se ha ido apagando en el heterogéneo teatro de las deliberaciones colectivas. Aunque Bender no se cuadra con los profetas del descalabro cívico que denuncian la muerte del intelectual público, buena parte de su obra responde a la inquietud por el declive de esa figura histórica. Su afición por la historia intelectual revela el deseo casi terapéutico por rescatar episodios ilustrativos de la trayectoria del intelectual público en sus distintas encarnaciones. *Intellect and Public Life: Essays on the Social History of Academic Intellectuals in the United States* (1993) evidencia que el trabajo académico de los intelectuales sí puede constituir una forma activa de ciudadanía. En la estela de John Dewey, unos de sus héroes culturales, Bender alienta una participación más fluida de los académicos en los circuitos de la comunicación democrática. En vez de avalar el reinado del experto y la autoridad jerárquica del *scholar*, sugiere la apertura al carácter contingente de las verdades políticas de la comunidad, verdades en cuya elaboración la academia debe participar, aunque sin pretender erigirse en su árbitro oficial.

Para Bender, el “intelecto público” sobre todo cobra vida en el cuerpo de la ciudad y, particularmente, en el organismo de las metrópolis cosmopolitas como Nueva York, constante polo de atracción de sus indagaciones. La metrópolis como gran albergue de lo plural o locación privilegiada de la diferencia constituye el horizonte de reflexión que toda universidad moderna debiese tener en vista, no eludiendo la cacofonía de la *polis* mediante la fuga al campus como suburbio intelectual de la vida citadina. *The Unfinished City: New York and the Metropolitan Idea* (2002) trabaja la historia de esa urbe concreta y las posibilidades de la institución universitaria inserta ahí, como una cantera de materiales para la formación de culturas públicas tolerantes y acordes con los desafíos de la globalización y del multiculturalismo. En sus páginas, Bender aboga por la revitalización de la idea de la ciudad como ágora, como espacio cultural donde se expresan las diferencias de una manera que implica la “afiliación común en un colectivo”.

El foco en las posibilidades cívicas de lo metropolitano como lugar de intersección cultural se desplaza, en el trabajo más reciente de Bender, hacia una revisión crítica de la matriz del relato nacional forjada en el siglo XIX, bajo la influencia (no siempre explícita) del nacionalismo. En Estados Unidos, el desarrollo de la disciplina histórica y la identidad nacional se han retroa-

limentado, postulando, conjuntamente, la noción del Estado-nación como un vehículo natural de la historia, omitiendo así de su narrativa los procesos globales que han condicionado la trayectoria política y económica de su sociedad. Como réplica a esta ceguera, *A Nation among Nations. America's Place in World History* (2006) desmonta las premisas ideológicas que han sostenido, durante décadas, la tradición historiográfica de Estados Unidos como nación y el sentido común de sus ciudadanos masivamente aleccionados por los programas escolares y el discurso público. Bender expone la dimensión global de la historia nacional, muestra cómo las hebras de su trama forman parte de una red de procesos interdependientes, que se extienden de un continente a otro, sin respetar el trazado contemporáneo de las fronteras estatales.

La conferencia dada por Bender en la Cátedra Norbert Lechner se relaciona con esta línea de investigación, sintetizando sus propuestas. Las virtudes epistemológicas de esta aproximación resultan pertinentes no sólo para Estados Unidos, pues invitan a reconsiderar un modelo de historia nacional común a varias tradiciones historiográficas, la chilena incluida. Sin duda las fronteras del Estado-nación han ofrecido un encuadre productivo para el desarrollo de las historias nacionales, las de allá y las de acá, pero también han dificultado una visión más profunda y compleja de las fuerzas efectivamente en juego en los procesos de conformación de sus sociedades. Bender no aspira a desechar el formato de la historia nacional como una reliquia ideológica sin valor alguno en el presente; sólo quiere renovar ese esquema, señalando sus limitaciones y advirtiendo, asimismo, las posibilidades que promete un enfoque liberado de sus miopías.

La historia global y el fin del excepcionalismo de Estados Unidos

Thomas Bender

NEW YORK UNIVERSITY

Es un gran honor y un placer ser parte de esta serie de conferencias en homenaje a Norbert Lechner, un académico comprometido con los temas más importantes de la vida política y que desarrolló una comprensión amplia de los aspectos políticos y éticos en torno a la legitimación y el ejercicio del poder. Su trabajo se centró en Chile y Latinoamérica, pero todos quienes estén interesados en la posibilidad de la democracia encontrarán en su obra riqueza analítica y penetración invaluable. Mi disciplina es diferente a la suya, pero ciertamente comparto su comprensión sobre la importancia cívica del trabajo académico y su interés por entender y nutrir la cultura de la democracia. En los últimos años ese interés me ha llevado al estudio de la creación de las historias nacionales y su papel en la formación de los ciudadanos. Me centro en Estados Unidos, pero creo que el problema se manifiesta, en mayor o menor grado, en todas las historias nacionales.

Tanto a los historiadores como a la gente común les es difícil observar una historia nacional en un marco más amplio que el propuesto por ella. Advierto esta tendencia entre los historiadores estadounidenses, pero no es sólo una dificultad norteamericana. Ha sido construida al interior de la cultura y del método de la historiografía académica moderna durante más de un siglo. Es la herencia de nuestra colaboración con los fundadores de los Estados-naciones modernos. El trabajo de los historiadores contribuía a la formación de ciudadanos nacionales, y eso implicaba conceder a la nación la categoría fundamental de identidad colectiva.

La profesión académica de la historia creció a la par del Estado-nación moderno, y esa coyuntura ha influido en el pensamiento histórico más de lo que normalmente reconocemos. Tanto el estudio académico como el Estado-nación modernos son inventos del siglo XIX. Y están emparentados. Los his-

toridores formábamos parte del proceso de creación de la nación, que era nuestra plataforma y patrocinadora. Y hoy necesitamos establecer una relación diferente con el Estado-nación y con nuestras propias naciones.

Durante mucho tiempo, los historiadores no pensaban en la relación con el Estado. Ahora sí lo hacemos. Y sabemos que, al presumir tanto que la nación se contiene a sí misma como que es la portadora designada de la historia, de algún modo aceptamos sin pensar la ideología del nacionalismo decimonónico, por no decir la teoría del Estado de Hegel.

La discusión sobre multiculturalismo y globalización de los años noventa en Estados Unidos hizo a los historiadores conscientes, como lo era Fernand Braudel desde hacía bastante tiempo, de que la nación está constituida por historias al mismo tiempo más pequeñas y más grandes que ella. ¿No debilita un entendimiento tal toda la idea de una historia nacional? No, pero la hace diferente. Al incorporarla al contexto de la historia global de la que había estado apartada, la volvió menos provinciana. Esto es particularmente adecuado para varias naciones de América, pues, como argumentaré, el comienzo de la historia euroamericana es producto del mismo hecho que creó la experiencia y la historia globales. Si reconocemos las implicancias de esta coyuntura en la comprensión histórica, contribuiremos como historiadores a educar ciudadanos que relacionen fácilmente la historia nacional con la global, lo que implica un nacionalismo cosmopolita.

En las escuelas estadounidenses son obligatorias la historia nacional y la mundial. Pero la historia mundial no incluye a Estados Unidos, mientras que la historia de Estados Unidos no menciona la del mundo. Esto produce la noción egocéntrica de que compartimos poco y nada con otros pueblos. Oscurece las corrientes a través de las cuales la historia global da forma parcial a nuestra historia nacional y las corrientes en las que Estados Unidos ayudó a formar la historia global.

Los Estados-naciones han sido tan importantes –aunque no sean los únicos– en dar forma al mundo en que vivimos, que tienen garantizado su estudio continuo. Pero son mejor comprendidos en un marco más amplio que les niega el privilegio de ser su propio contexto. Tampoco están cerca de desaparecer. Su persistencia incluso puede ser una buena cosa. Mientras lamentamos, por supuesto, la capacidad o inclinación de los Estados-naciones rivales de infligirse daño mutuamente, su posesión de lo que para Weber definía al Estado moderno –el monopolio legítimo de la violencia– también los vuelve hoy en día el único medio institucional con procedimientos para asegurar y ejercer nuestros derechos ciudadanos y nuestros derechos humanos –y quizás, también, para brindarnos protección ante los terroristas sin

Estado—. De igual modo, debemos reconocer que las narrativas nacionales aún aportan una base sólida —aunque no exclusiva— para la solidaridad social significativa.

Max Weber, como señalé, definió clásicamente al Estado en términos de su monopolio legítimo de la violencia, pero el Estado también se legitima a sí mismo al estimular los sentimientos de pertenencia nacional. Un elemento de esa tarea, y un elemento importante, fue la creación y celebración de la alta cultura nacional. Definir y legitimar esa cultura era tarea académica de las humanidades. Los historiadores crearon historias nacionales capaces de educar y formar ciudadanos, mientras que el estudio y la celebración de las literaturas nacionales crearon las altas culturas que sustentaron el nacionalismo.

Esto no quiere decir ni insinuar que los académicos fueran apologistas de sus naciones. Algunos eran críticos agudos. De hecho, una de las razones por las cuales el archivo es tan central al *ethos* profesional de la historia es que les otorga poder a sus practicantes. Permite decirle al poder la verdad, tal como hizo Charles Beard en 1913, al publicar *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, texto basado en los registros del Departamento del Tesoro. En una época en que los jueces citaban la Constitución para invalidar la legislación social progresista, Beard señaló con gran polémica los intereses personales y de clase involucrados en la ratificación de la Constitución por parte de los padres fundadores.

Crítico profundo como era, al aceptar el Estado-nación como unidad natural de la sociedad, Beard y otros historiadores refuerzan —hasta hoy— la noción de un mundo hecho para un Estado-nación autocontenido en rivalidad con otros. Los historiadores cuya visión se restringe a un compartimento nacional (y nacionalista) disminuyen la historicidad de la nación, la historia de la propia construcción y reconstrucción de la nación.

Otro problema respecto de la formulación decimonónica de la historia como un relato de las naciones es que excluye la historia de aquellos continentes, como África y Asia, que no se organizaron como Estados-naciones. Tampoco las literaturas modernas ni el arte de esos pueblos eran objeto de estudios literarios o de historia del arte. El estudio de estos “pueblos sin historia” se asignaba a la antropología.

Hoy, no obstante, la historia y el estudio de la literatura y las artes enlazan al mundo entero, y las disciplinas de la antropología y la historia comparten cada vez más métodos y lugares de investigación. Que las ciencias humanas se extiendan e incorporen a toda la humanidad es un logro de importancia tanto ética como académica. Es importante sostener y profundizar este cosmopolitismo y sentido global del contacto humano.

El desafío fundamental de colocar la historia estadounidense dentro de una historia mundial o global es la creencia norteamericana de que la experiencia histórica de Estados Unidos es excepcional. Esta tendencia se volvió particularmente evidente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando los historiadores concordaron en la noción de “excepcionalismo americano”. Los primeros líderes de la profesión –Frederick Jackson Turner, Herbert Baxter Adams, J. F. Jameson, Albert Bushnell Hart, W. E. B. DuBois, Henry Adams y Herbert E. Bolton– insistieron en que la historia de Estados Unidos debía situarse en contextos transnacionales e incluso globales. Pero al comienzo de la Guerra Fría, una mirada excepcionalista de la historia norteamericana, algo anteriormente residual, se impuso entre historiadores, académicos y científicos sociales.

No hay duda de que la historia estadounidense ha sido diferente, como la de cualquier otra nación. Como historia sobre la creación de una nación, el caso norteamericano ha sido particularmente exitoso. Pero haber sido exitoso y estar orgulloso de ello no significa de ninguna manera que Estados Unidos no forme parte de una historia más amplia sobre la creación de las naciones.

El problema con la noción de excepcionalismo americano, otra vez, no reside en la idea de que la historia de Estados Unidos sea distintiva. El problema que me interesa observar es la suposición de que Estados Unidos es excepcional *porque no comparte la historia de otras naciones*. Esta visión reduce, de manera extraña e inquietante, las diferencias que marcan la historia global, y también la historia de Estados Unidos.

Lo único puede ser múltiple, seguramente lo es. Incluso el éxito es múltiple y toma diferentes formas. El problema del excepcionalismo es que hace que todo lo demás sea “otro”, y eso se traduce en que todas las naciones y sociedades son lo mismo. La práctica lingüística en Estados Unidos sitúa lo “internacional” allá lejos, como un otro diferente a nosotros. También crea un falso consenso interno: todos somos lo mismo porque compartimos el ser distintos al resto del mundo, que siempre está allá lejos. De este modo aparece el vínculo de posguerra entre el excepcionalismo y la historia de consenso.

Necesitamos un enfoque más amplio y cosmopolita de la historia, no sólo de la historia norteamericana, sino de toda la historia. Para mí se trata de una cuestión tanto ética como metodológica. Me inspiro en un pasaje del libro *Conocimiento local*, de Clifford Geertz. Se refiere a los antropólogos, pero creo que es bastante fácil adaptar su comentario a la historia:

Vernos a nosotros como nos ven los otros puede abrirnos los ojos. La mínima decencia es ver que los otros comparten una naturaleza con nosotros. Pero es un logro harto más difícil vernos a nosotros entre otros, como un ejemplo más de las

formas que toma la vida humana en cada lugar, un caso entre muchos, un mundo entre muchos, del que proviene esa apertura de mente sin la cual la objetividad es pura autocomplacencia, y la tolerancia una farsa.

Se trata, por lo tanto, de cómo escribir la historia de un pueblo nacional de modo de conectarla a una historia más amplia, incluso global. De hecho, solemos conocer bien los vínculos pero no los mantenemos unidos.

Descubrí esto hace muchos años, en una visita a Yakarta, Indonesia. Yakarta fue fundada por los holandeses como Batavia en 1619, cuatro años antes de que establecieran New Amsterdam al pie de la isla de Manhattan. Mientras paseaba por las calles de la vieja Yakarta, vi que aún se usaban los canales que habían sido construidos junto a las bodegas holandesas. En Yakarta me hice una mejor idea del Manhattan del siglo XVII, algo que jamás habría podido obtener en Nueva York. Me vino a la memoria una pintura que había visto en un museo de Amsterdam unos años antes. A primera vista, parecía ser una pintura del siglo XVII sobre una nueva planificación de Manhattan, pero estaba etiquetada como Batavia. A pesar de sus diferencias geográficas, estos asentamientos contemporáneos se representaban de forma similar en la metrópolis. La cultura holandesa se había extendido a ambos lugares, y para la metrópolis estos pequeños asentamientos no tenían arraigo local: eran de algún modo holandeses. La historia de Estados Unidos y la historia de Indonesia, me di cuenta, estaban vinculadas por la experiencia común de haber sido holandeses sus habitantes en el siglo XVII.

Cuando los historiadores estadounidenses piensan en la fundación de New Amsterdam, la incorporan en la historia nacional de Estados Unidos. El contexto es temporal e implica el *telos* del progreso: ahí están los comienzos de la primera ciudad de la nación, en el ya políglota siglo XVII, que anticipa así un rasgo esencial de la historia de Estados Unidos.

Sin pensar, nos apropiamos, como si se tratara de una exclusividad de Estados Unidos, de algo que en realidad es parte de la historia global del imperialismo holandés y del desarrollo del capitalismo temprano. New Amsterdam no se fundó para convertirse en Nueva York, sino que era parte de una estrategia holandesa de comercio mundial. Sí, celebramos a la población políglota como norteamericana, pero no era más políglota y multilingüe que Malaca o Batavia, los puestos holandeses de avanzada en el sudeste asiático. Existe gran orgullo por las diecinueve lenguas que se hablaban en las calles de New Amsterdam en la década de 1690, pero en Malaca se hablaban más de sesenta. Malaca y New Amsterdam compartían esta notable diversidad cultural porque eran centros de comercio, y los holandeses recibían bien a cualquiera que tuviese algo que transar.

Entre las muchas empresas de los holandeses en el siglo XVII, New Amsterdam no era significativa. Las Indias Orientales siempre fueron más importantes. Para los intereses holandeses, América ofrecía tráfico de esclavos y de azúcar a ambos lados del Atlántico, o quizás a escala mundial. Los holandeses valoraban más Pernambuco, en Brasil, que Manhattan. No lamentaron perder Manhattan ante los ingleses en 1664, y rechazaron, en 1674, intercambiarlo por Surinam. Hoy parece un mal negocio, pero refleja el valor relativo de esos dos asentamientos en ese momento.

Las anécdotas son fáciles. ¿Cómo se logra reenfocar una narrativa nacional en la forma mundial que propongo? He trabajado en unos pocos ejemplos durante unos pocos años, y ahora trabajo en otros diferentes. Si bien hay asuntos bastante fáciles de abordar, como la inmigración y el comercio, quiero reenfocar los tópicos centrales celebrados en todas las historias de Estados Unidos. Seré más convincente si logro demostrarles que los hechos centrales de la historia norteamericana son mejor comprendidos en un contexto global.

La clave para mí fue una profundización en el pensamiento geográfico y la lectura de textos de geógrafos. Me di cuenta de que el comienzo de la historia global debía ser un hecho espacial, y ahí entendí que la historia americana era parte de ese hecho. Más precisamente, como ya he sugerido, se puede decir que la historia americana fue el hecho que inició la historia global.

La historia global comienza alrededor del año 1500. Todos conocemos los hechos. Colón, o más precisamente Magallanes, inician la historia global. La historia de Estados Unidos y de Chile comienzan en ese momento. No podemos sobreestimar el significado de ese punto en la historia. Para Adam Smith, el establecimiento de rutas oceánicas hacia las Indias Orientales y América era el hecho más importante en la historia humana. Podríamos pensar también en la invención de la agricultura y de las ciudades, pero el punto es que este evento oceánico tuvo una importancia más profunda que la admitida comúnmente por los historiadores.

Propongo examinar este hecho y sus implicancias como una vía para entender la historia de Estados Unidos. Por eso hablaré brevemente sobre el contexto global de la revolución norteamericana, la Guerra Civil y el progresismo. El asunto esencial es que si Estados Unidos está enraizado en la historia global, esa historia suya, como la de Chile, está ligada a las historias del mundo de los imperios y, luego, de las naciones.

La pregunta clave es qué pasó en la edad del Descubrimiento. ¿Qué fue descubierto? Propongo que no fueron América ni el hemisferio occidental. Se descubrió el *mundo oceánico*. Para ser más precisos, el descubrimiento fue que el océano no era una barrera sino una conexión entre los continentes. Esto

marcó una vasta extensión del mundo humano, que se volvió tan ancho como el globo.

Los antiguos griegos sabían que la Tierra era redonda. Pero para ellos el mundo y el globo no eran sinónimos. El mundo era “un mundo isleño”, una conjunción de Europa, Asia y África. Esta masa terrestre afroeuropea se centró en el Mediterráneo; para aquellos de religión hebraica, éste era el mundo creado por Dios, quien retiró las aguas del mar para proyectar un pedazo de tierra para Adán y Eva y la familia humana. El límite externo del mundo así entendido estaba delineado por el océano, más allá del cual había monstruos, o incluso un antimundo.

“Océano” es una palabra griega y significa “mar de afuera”, en oposición al Mediterráneo o “mar de adentro”. Los griegos sabían que uno podía ir por el oeste de Iberia hacia el este, a India, pero había un océano en el camino. El gran descubrimiento, en el medio siglo en torno al 1500, fue que el océano no cerraba el camino. Era más bien un medio de transporte que conectaba a los continentes. Con este conocimiento, cuya base experiencial fue la circunnavegación del planeta por Magallanes, entre 1519 y 1521, comienza la historia global. La historia americana es completamente inseparable de esta revolución de la condición humana. Ignorar ese hecho espacial significa ignorar el verdadero comienzo de la historia americana y la clave de mucha de esa historia. Y también ignorar la presencia inevitable de la historia de Estados Unidos en la historia global.

El mundo oceánico era un “nuevo mundo” para todos los pueblos cuyo territorio limitaba con el océano. Ahora no alcanzo a comentar el carácter de este nuevo mundo como parte de la historia de África, Asia, Europa y América, pero el punto es que la historia de la edad de los descubrimientos debe contarse desde todas estas perspectivas, porque son parte de ella. El hemisferio occidental no fue el único nuevo mundo.

Para el mundo del Mediterráneo, las consecuencias de esta revolución oceánica fueron tan grandes como para el hemisferio occidental, y eso forma parte de la historia de América hasta hoy. La economía histórica mediterránea fue eclipsada por la economía oceánica. Varios imperios islámicos que surtían a Europa con artículos de Oriente, en general con ayuda de comerciantes venecianos, perdieron su papel central en la historia mundial.

De este nuevo mundo nacieron el capitalismo moderno y la esclavitud moderna, pues ambos dependen del comercio de larga distancia oceánica que conecta a los continentes. Y también dependen el uno del otro. Si bien es cierto que en este nuevo mundo existían muchas esperanzas utópicas de almas por salvar y reinos que pacificar, la experiencia real que emergió fue moldeada por

una nueva relación entre capital y trabajo, la que mejoró las condiciones de vida en Europa, pero también, como lo reconoce a su pesar Adam Smith, produjo explotación e injusticias trágicas en África y las Indias, al este y al oeste.

Dos economías nuevas se desarrollaron en este nuevo mundo oceánico. Ambas dependían del comercio global. La primera se sostenía sobre metales preciosos (oro y plata, esencialmente); la otra, llamada por Philip Curtin “complejo de plantaciones”, se basaba en la esclavitud.

Se suele olvidar que antes de que el oro y la plata americanos entraran en el mundo mediterráneo, era África, y Mali en particular, la que suplía la mayor parte del oro europeo. En el siglo XIV, Mali había significado la riqueza para los europeos. Eso cambiaría con la nueva economía global: África se convirtió en una fuente de esclavos, no de oro ni textiles.

Los españoles se volvieron enormemente ricos gracias a las minas de plata de América. Esa bonanza dependía, en todo caso, de las conexiones globales. El Pacífico era tan importante como el Atlántico. Había tanta plata en Potosí que el valor del metal se hubiera devaluado si no se hubiera desarrollado una nueva e importante demanda. Esa devaluación bien podría haber detenido las exploraciones y los asentamientos europeos en el hemisferio occidental. Entonces se sumó China. Por motivos completamente domésticos, China monetarizó la plata a principios del siglo XVI. Al comienzo, el metal necesario fue proporcionado por Japón, pero contando con una cuarta parte de la población mundial, el cuarenta por ciento de la economía mundial y una marcada preferencia estética por la plata, China necesitó más plata de la que Japón le podía dar. Los españoles se establecieron en Manila en 1571 para facilitar el intercambio oceánico de plata y bienes de las Indias Orientales. La aparentemente ilimitada demanda china por plata se vinculó a través del Pacífico con la al parecer inextinguible producción de las minas andinas y mexicanas de España. Eso puso en movimiento la economía global que sustentó a América.

El complejo de plantaciones se relacionó más directamente con América del Norte, pero también fue un sistema global. Si los españoles obtuvieron su riqueza del movimiento global de plata, los portugueses, holandeses, ingleses y franceses prosperaron con el comercio del azúcar y también de drogas ligeramente adictivas: el café y el tabaco. Como estos productos agrícolas no tenían valor nutritivo, sólo el comercio de larga distancia podía otorgarles valor y hacerlos beneficiosos.

El cultivo de azúcar aparentemente comenzó en Bengala, pero los comerciantes musulmanes lo trasplantaron al Levante, donde lo descubrieron los europeos durante las Cruzadas. La producción árabe de azúcar era para un mercado de lujo limitado. Los genoveses, en colaboración con los portuque-

ses, transformaron la producción de azúcar y expandieron ampliamente su mercado. Los genoveses habían sido alejados del comercio oriental por los venecianos y los otomanos; cuando en 1453 Mehmet II conquistó Constantinopla, los genoveses habían sido partidarios de los defensores bizantinos de la ciudad.

En la búsqueda de inversiones alternativas, los genoveses animaron a los portugueses a buscar rutas marítimas alrededor de África hacia la India y trasladaron los cultivos de azúcar hacia el Mediterráneo occidental. Luego, junto a los portugueses, expandieron la producción hacia las islas atlánticas cercanas. Ya en el Mediterráneo empezaron a usar mano de obra esclava, la mayoría proveniente de África. Esa esclavitud de las plantaciones, que trabajaban en grupos y en faenas rutinarias, era una innovación, un modo de esclavitud que en general no existía en las sociedades africanas o islámicas. La esclavitud agrícola a gran escala se expandiría rápidamente en América.

Sabemos dónde terminaron estos primeros comienzos de la esclavitud de las plantaciones. Pero si ponemos nuestra atención en el mundo espacial más grande del litoral Atlántico, y resistimos la tentación de ir directamente a la narrativa lineal (y nacionalista) de la esclavitud que termina en el primer auge del secesionismo de Estados Unidos, podemos ver una historia más amplia. En ese contexto se encuentra mucha más contingencia en la creación de la nueva esclavitud mundial, y se obtiene un sentido más claro de lo que se entiende por “la construcción social” de la raza.

Una de las cosas fascinantes del mundo oceánico y el litoral atlántico durante su primer siglo fue su multiculturalismo, marcado por gente de ascendencia africana, o lo que el historiador Ira Berlin llamó recientemente “criollos atlánticos”. Los intercambios económicos entre los continentes también fueron intercambios culturales que requerían “agentes culturales”. Estos personajes claves poseían virtuosismo lingüístico y adaptabilidad cultural. Muchos nativos norteamericanos, incluyendo mujeres, *ladinos* y *mestizos*, jugaron su papel, pero los africanos, y los hijos de matrimonios y uniones sexuales lusoaffricanos, eran especialmente prominentes. Los individuos con estas características administraron el comercio atlántico en el siglo XVI y comienzos del XVII. Como era de esperarse, los africanos jugaron un rol en los puestos de comercio africano, pero además tuvieron que ver con muchos productos y bienes diferentes, y se encontraron en todas las ciudades a lo ancho del litoral atlántico. Por ejemplo, a mediados del siglo XVII había en Lisboa diez mil africanos, la mayoría esclavos, pero todos con vidas y ocupaciones diversas. El mismo número vivía en Ciudad de México, que llegó a multiplicarse por diez un siglo después, también con variedad de formas de vida y ocupaciones.

Un grupo pequeño pero desproporcionado vivía en el Chesapeake y New Amsterdam; algunos, como Anthony (originalmente Antonio del Congo) y Mary Johnson en el Chesapeake, compraron su libertad y vivieron libres, adquiriendo derechos legales que legaron a sus hijos, e incluso acudieron a la justicia para proteger su propiedad de las demandas de los blancos. A los esclavos de New Amsterdam se les concedían terrenos para huertos (en el actual Greenwich Village) y también se les permitía comprar su libertad. Otros, artesanos, obtenían incluso mejores sueldos en la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

Quiero poner énfasis en la variedad de ocupaciones y experiencias de la vida cotidiana en el siglo XVI y comienzos del XVII, para insistir en la muy poco reconocida importancia de la transformación de la esclavitud bajo las condiciones de las plantaciones. Con ellas cundió la ambigüedad de estatus y se cerraron las intersecciones de espacios de libertad; la línea entre los esclavos y los libres, los negros y los blancos, los europeos y los africanos –y los indios– se volvió sólida y marcada. El enfoque global lo hace aun más claro.

La Norteamérica británica entró al mundo del complejo de plantaciones bastante después de los portugueses y los holandeses, incluso cuando el Chesapeake aún se ubicaba en la periferia. Sin embargo, su economía y su sistema social hicieron posible el establecimiento de las colonias británicas en el territorio. El Chesapeake se volvió parte de la economía de las plantaciones cuando se descubrió el tabaco, después de fracasar en el cultivo de la caña que llegó a Jamestown. Las colonias situadas más al norte, exceptuando Nueva York, no dependían directamente de los esclavos, pero se beneficiaban del comercio de larga distancia de los productos de la esclavitud: azúcar, tabaco y café.

El comercio oceánico y el complejo de plantaciones sustentaron la economía marítima del noreste no sólo por el transporte, sino también gracias al servicio prestado a los barcos, mástiles incluidos. Las necesidades alimenticias de las plantaciones produjeron además un mercado para los bienes del norte. Y, por supuesto, estaban disponibles las considerables ganancias del comercio de esclavos.

He comprimido demasiado la explicación de este proceso. Pero mi punto, que es simple, debiera quedar claro: el comienzo de la historia de Estados Unidos no sólo tiene que ver con la cristiandad reformada y extendida, con sueños utópicos de oportunidades o de escape de la persecución religiosa o la pobreza. Es también el comienzo del capitalismo global, y tiene que ver con la captura, la coacción y la explotación. Tampoco fue este tránsito atlántico una historia europea. Los africanos, muchísimo más que los europeos, establecieron el tránsito atlántico antes de 1820. Esta historia temprana no es protona-

cional ni autorreferente. Los comienzos norteamericanos fueron el producto de muchas historias interconectadas, y el resultado fue harto más contingente e impredecible.

Ahora describiré brevemente algunos aspectos de la comprensión global de la revolución norteamericana, la Guerra Civil y el progresismo. El mundo oceánico que he descrito juega un rol esencial en la revolución norteamericana. La consecuencia más importante de reenfocar esa revolución en la historia global es una revisión de su cronología. Cambiar las escalas espaciales y cronológicas altera significativamente la interpretación que puede hacerse tanto de sus causas como de sus resultados.

Siguiendo un comentario de James Madison en la Convención Constitucional, propongo que la revolución norteamericana fue uno de los episodios de la Gran Guerra, una serie de guerras de extensión global que enfrentó a Francia e Inglaterra, mientras España en general se aliaba con Francia, entre 1689 y 1815.

Desde esta perspectiva, la crisis imperial que comenzó en 1760 en las colonias británicas no era extraña, sino que formaba parte de una historia global de tensiones imperiales. Lo que sí fue diferente, por supuesto, fue el resultado particular generado por las condiciones locales y una configuración de ideas políticas derivadas en gran medida de la Ilustración europea. Pero la especificidad de este desarrollo local no se puede entender fuera del marco más amplio de la crisis global que conformaba su contexto.

En el siglo XVIII los británicos lograron instaurar un imperio a través del poder marítimo. Con una fuerte inversión en sus flotas durante ese siglo, los británicos comandaban las principales rutas marítimas del mundo. Como era algo muy costoso, se creó lo que el historiador John Brewer llama “el Estado fiscal militar”. Se necesitaban continuamente más ingresos públicos para mantener a la marina, y había que darles beneficios proporcionales a quienes pagaban los impuestos. En 1763, con el fin de la muy exitosa Guerra de los Siete Años, la estimación del costo del gran sistema imperial amenazó a la discreta política de ese Estado fiscal militar. Entonces las autoridades recurrieron a los impuestos coloniales y reforzaron el aparato administrativo para aumentar sus ingresos. Esto es bien sabido, pero lo que casi nunca se reconoce es que España, Portugal, Francia e incluso el imperio otomano y Rusia estaban bajo las mismas presiones.

La competencia global entre los imperios oceánicos europeos significó que cada uno de ellos tuvo que desarrollar algo parecido al Estado fiscal militar inglés, y padeció la misma crisis fiscal a mediados del siglo XVIII. Todos impusieron nuevos impuestos y reformaron sus administraciones coloniales. Y

en todos los casos el resultado fue la resistencia: las casas de aduanas fueron atacadas tanto en Nueva Granada como en las colonias británicas. Mucho más al sur, una revuelta sustancial liderada por el *ladino* Túpac Amaru en 1782 remeció al altiplano peruano durante años. Contrariamente a los otros revolucionarios cultivados en las ideas ilustradas, como Toussaint l'Overture en Santo Domingo en 1791, Amaru y sus seguidores se guiaban por nociones incas de las relaciones políticas, de espíritu más comunitario que el liberalismo de la Ilustración.

De hecho, entre 1781 y 1782, cuando los británicos negociaban el fin de la guerra con Norteamérica, en India las tensiones entre la Compañía de las Indias Orientales y los patrones locales amenazaron con una pérdida de autoridad. Mientras, un ministro español directamente involucrado aseguraría más tarde que España casi pierde la región completa desde Buenos Aires subiendo por el Río de la Plata hasta Perú; estas reformas borbónicas, propugnadas por el ferviente Gregorio González Blanco, produjeron en Chile el “motín de las alcabalas” en 1776. Egipto se distanciaba de la regencia del sultán, y se volvía efectivamente autónomo sin ningún reclamo formal de independencia. Hubo otras pequeñas revueltas en Brasil, en Pernambuco y otros lugares. El punto es que la ley de timbres y el impuesto al té, junto con otras políticas imperiales británicas bien conocidas, formaron parte de una búsqueda amplia de impuestos coloniales y reformas administrativas que suscitaban resistencias en cada lugar.

Existen muchos otros aspectos de esta historia global dentro de la revolución norteamericana, pero permítanme concluir esta exposición desarticulada de la revolución con tres observaciones rápidas.

Primero, esta guerra global de Gran Bretaña, particularmente la derrota de Francia en la Guerra de los Siete Años —la cual les costó a los franceses territorios en India y África para ellos más valiosos que Canadá—, hizo que pocos años después el monarca francés apoyara a los republicanos norteamericanos. Francia no tenía territorios que disputar en Norteamérica: sólo las dimensiones globales de la guerra, que abría la perspectiva de recobrar su puesto para el comercio de esclavos en el río Níger en África y retomar Pondicherry en India, le proporcionaban un interés más concreto que el mero debilitamiento de los británicos. Los problemas en Turquía, la “cuestión oriental”, incitaron al conde de Vergennes a apoyar vigorosamente las esperanzas norteamericanas en la mesa de negociación después de Yorktown, a presionar por un acuerdo en la guerra norteamericana y así poder volcar su atención hacia el este.

Segundo, la guerra global entre Francia y Gran Bretaña tras la Revolución francesa fue responsable del gran e inesperado —y no deseado— desarrollo polí-

tico de la nueva nación: el desarrollo de un sistema de partidos. Haití también tuvo un rol clave en esto, así como el gran logro diplomático de Jefferson y Estados Unidos: la compra de Louisiana.

Tercero, esta perspectiva global explica la peculiar importancia del año 1815 en la historia norteamericana. Algo pasó: había un nuevo sentido de nacionalismo, una confianza nacional, y se aceleró el movimiento de estadounidenses hacia el oeste. El conflicto entre partidos se disolvió en “la era de los buenos sentimientos”, y la energía de los norteamericanos se volcó hacia el desarrollo económico. De hecho, no fue hasta 1815, con el fin de la Gran Guerra, que los norteamericanos fueron capaces de tener la sensación de controlar su destino nacional, incluso sus límites nacionales. La guerra global que les permitió ganar la guerra revolucionaria debía terminar para que los estadounidenses lograsen la independencia en la práctica.

¿Qué puede ser más marcadamente norteamericano que la Guerra Civil y la reconstrucción? ¿Qué puede agregar al relato de esta historia una visión más amplia o un contexto global? Sin desafiar el sentido moral específico de la Guerra Civil, podemos enterarnos de muchas cosas.

Un punto breve: aunque los libros y la memoria histórica popular señalen constantemente que la Guerra Civil fue la más sangrienta de su época, no fue la única. La tecnología de la guerra y del asesinato había avanzado más que la de la cura de heridos, y todas las guerras de la época estuvieron marcadas por nuevos niveles de muerte y destrucción. La cuota de muertes (veinte millones) en la contemporánea Rebelión Taiping en China es enorme si se la compara con los 618 mil muertos de la Guerra Civil, que a su vez estuvo lejos de ser tan devastadora para los perdedores como la Guerra de la Triple Alianza entre Argentina, Brasil y Uruguay contra Paraguay, donde apenas sobrevivieron veinte mil hombres. El elemento que sí distingue a la Guerra Civil en una perspectiva global —algo nunca considerado en Estados Unidos— es que, entre más o menos una docena de ejemplos contemporáneos de acción estatal para terminar con la esclavitud, sólo los dueños de esclavos del sur de Estados Unidos fueron a la guerra para preservar sus prerrogativas.

Pero mi punto central se relaciona con lo que la Guerra Civil comparte con otras naciones alrededor del mundo. Esa historia más amplia es el espíritu del liberalismo y las esperanzas de forjar la nación asociadas con las revoluciones de 1848 en Europa. Estados Unidos fue parte de una historia común de creación de los Estados-naciones modernos a través de la guerra. La consolidación de los Estados-naciones en el siglo XIX produjo muchas guerras, entre las que se incluye la Guerra del Pacífico, que no sólo aseguró un territorio valioso para

Chile, sino que además alimentó el nacionalismo chileno. Se pueden contar 177 guerras en el mundo entre 1840 y 1880. Las naciones modernas se formaron de diversas maneras en el segundo tercio del siglo XIX, y casi todas ellas involucraron una violencia considerable.

Una de las características de la creación de los Estados-naciones es la noción de que la toma de decisiones culturales y políticas compartía los mismos límites, y dentro de esos límites era necesaria la homogeneidad, definida de diferentes maneras. Aquí, propongo, está el origen de una de las frases más célebres de Lincoln. Cuando declaró que la nación no sobreviviría manteniéndose medio libre y medio esclava, pienso que escuchamos un eco de la nueva aspiración nacionalista decimonónica. Antes de que se cristalizara la noción de nación como un territorio delimitado, unido y homogéneo, la coexistencia de esclavitud y libertad no era equivalente a una contradicción. La diferencia era real, pero se entendía como un problema político de conflicto de intereses. Nadie decía que debían ser todos esclavos o todos libres.

La relación del poder central con el local –ese viejo elemento de la política norteamericana– fue fundamental en la crisis de la Unión. Pero también había sido debatida –y peleada– alrededor del mundo a mediados del siglo XIX. Esta “crisis federal” era evidente en todos los continentes.

Hubo muchas versiones de la crisis y se resolvieron de formas diferentes. Fue un momento de cambio: aparecían nuevas vías de comunicación, transporte y administración; la industrialización daba forma a las economías nacionales; los Estados buscaban estructuras más centralizadas que influyeran directamente sobre los ciudadanos a lo largo del territorio nacional. Estas tendencias centralizadoras solían producir resistencia, ya fuese en Estados Unidos, donde resistió el sur, o en Argentina y Brasil, donde las autoridades estaban constantemente preocupadas por las provincias separatistas. El imperio otomano tuvo que lidiar con un siglo XIX lleno de provincias separatistas, y una de sus medidas fue la iniciativa Tanzimat, una ambiciosa reforma de la capacidad del Estado desarrollada en varios decenios.

Podemos construir una tipología primaria. En los imperios ruso, otomano y japonés, las autonomías regionales de larga data recibieron un control central mucho mayor. De hecho, la decisión de Rusia de venderle Alaska a Estados Unidos en 1867 era parte de un plan para concentrar las fuerzas cerca del territorio central. En Siam, dos monarcas decimonónicos sucesivos se dieron cuenta de que los reinos del viejo estilo eran vulnerables en un mundo de naciones con aspiraciones imperiales, y contrataron a europeos para que los aconsejaran sobre la centralización y fortalecimiento del Estado. La estrategia

funcionó: Siam, la actual Tailandia, fue la única nación del sudeste asiático que no fue colonizada por los europeos en la época del alto imperialismo.

Otros imperios se dividieron para fortalecerse. Ejemplos de ello son la monarquía dual que transformó el imperio de los Habsburgo en el imperio austro-húngaro en 1867, con dos naciones parlamentarias unidas por un rey o emperador, o el Dominio de Canadá, creado en 1870. Otro ejemplo similar, aunque extremo y diferente, es la fallida Comuna de París y de otras ciudades francesas. Resistiendo a los poderes centrales del Segundo Imperio, estas ciudades se declararon Estados autónomos y propusieron una asociación voluntaria de esas ciudades para constituir la nación.

Un tercer patrón consiste en federaciones que se convierten en naciones centralizadas, a veces a través de guerras civiles (como Estados Unidos o Argentina) o de guerras interregionales (como Alemania e Italia, y quizás Chile).

Para la Hungría de Louis Kossuth y muchos de los liberales de 1848, el objetivo era crear un Estado que afirmase su identidad lingüística. El conservador Bismarck, sin embargo, ambicionó una Kleindeutschland, no una nación que abrazara a todos los germanoparlantes de Europa central. Luchó una secuencia de guerras para instituir una Alemania pequeña, prusiana, definida por el poder y no por el lenguaje.

Los liberales europeos de 1848 se centraron en la libertad y la creación de nación, y presumieron que había un vínculo entre ambas. También lo hizo el Partido Republicano. La nación sería el instrumento de la libertad para los esclavos de Norteamérica y también para los trabajadores blancos libres. Kossuth, el héroe del movimiento nacionalista húngaro, identificó las esperanzas de todos los liberales, incluido Lincoln, que propuso una resolución en su honor en la legislatura de Illinois. Sin embargo, en lo profundo Lincoln creía que, a diferencia de Hungría, donde la revuelta de Kossuth había sido desmantelada por Austria y Rusia, Estados Unidos conformaba una esperanza real, palpable, para todos los liberales. De hecho, cuando declaró su desprecio por la esclavitud a causa de su injusticia, la siguiente frase contenía la preocupación de que la esclavitud empañara la reputación de Estados Unidos a los ojos de los liberales de otros lugares.

Pero en Estados Unidos, como en otros sitios, la feliz unidad entre liberalismo y nacionalismo se desvinculó hacia fines de siglo. Los derechos individuales, que estaban en el corazón del liberalismo, fueron reemplazados por la soberanía del Estado. Si en 1860 Lincoln y Bismarck tenían visiones contrapuestas sobre el nacionalismo, liberal el primero y conservador el segundo, hacia 1900 parecía haber triunfado el nacionalismo conservador tanto

en Alemania como en Estados Unidos. En el camino de la reunificación, el compromiso de éste con la nación se volvió más fuerte que su compromiso con la libertad, y en eso comparte gran parte de la historia internacional del siglo XIX. El racismo fue crucial en el abandono norteamericano de los derechos de los afroamericanos, pero también forma parte de la historia de la primacía de la unidad nacional junto a una transformación de la teoría política. Esto se vuelve más claro bajo una perspectiva transnacional y comparativa.

Concluiré, más brevemente aun, con unos pocos comentarios acerca del movimiento progresista. Recientemente los historiadores han señalado que la emergencia de las políticas sociales entre 1890 y la Primera Guerra Mundial formó parte de un discurso transatlántico de reforma construido sobre la base de las nuevas ciencias sociales. Están en lo correcto, pero hablan sólo de una pequeña parte de la historia, que es de extensión global. Existía una discusión global respecto a urbanización, industrialización y capitalismo sin regulaciones, que comenzó en las naciones industriales de todos los continentes. Si los norteamericanos aprendieron “política social” de los científicos sociales alemanes, fundadores del Verein für Sozialpolitik, y tras ellos fundaron la American Economic Association, sus contrapartes japonesas, que también estudiaron con Gustave Schmoller y Adolph Wagner, fundaron la Asociación Japonesa de Ciencias Políticas.

Latinoamérica es un caso diferente: los científicos sociales y reformistas liberales (en ciertos temas unidos a los anarquistas) tenían una comprensión muy similar de las políticas sociales o el liberalismo social, como solían llamarlo, pero encontraban en el positivismo francés, no en la economía histórica alemana, los argumentos de la interdependencia social. Los reformistas sabían de sus pares en los demás continentes; los reformistas municipales de Japón leían los mismos libros que sus pares en Estados Unidos. Nadie explicó más clara y sucintamente la transformación del liberalismo que el escritor chileno Benjamín Vicuña Subercaseaux, en una serie de artículos publicados entre 1904 y 1907 en *El Mercurio*, diario que se leía a lo largo de toda América. La “cuestión social”, decía, transformó la economía política en una ciencia *social* y al liberalismo en un *liberalismo social*. Existía una notable circulación de información y de agendas políticas en cada continente.

Aunque cada caso particular sea distinto, todas las naciones industrializadas llegaron a algún grado de regulación de la economía. Más aun, al reconocer las grandes inseguridades de la vida urbana moderna, los gobiernos establecieron varias protecciones contra el riesgo a través de sistemas de seguros sociales. Los seguros son la protección convencional contra el riesgo, y mientras más

amplio es el fondo común, más seguro es el sistema. Ahí comenzó la virtud del Estado como fondo común. En grados diferentes, las naciones industrializadas establecieron programas de seguro de desempleo, accidente, vejez y salud. El Estado de bienestar nació en esta época como un Estado de seguridad social. No existió una reacción única frente a la urbanización e industrialización capitalista sin regulaciones, pero sí hubo un aire de familia en el espectro de las resoluciones nacionales; ahí la reacción de Estados Unidos fue más limitada que la de la mayoría de las naciones, pero no por eso excepcional. Sólo se situó en uno de los límites de un abigarrado espectro de reacciones.

Sería necesario argumentar largamente para establecer el valor de un enfoque global de la historia nacional, en este caso la historia de Estados Unidos. Pero espero al menos haber logrado dos cosas. Primero, haber proporcionado elementos suficientes para evocar el sentido de las conexiones que pueden hacerse entre grandes temas de una historia nacional y de la historia global. Segundo, espero que las conexiones que he señalado sirvan para enriquecer tanto la historia global como la de Estados Unidos, y para mostrar que esta extensión no es sólo decorativa, sino también un beneficio interpretativo que nos permite entender mejor el curso de la historia.